

Mi papel en una situación cotidiana de mi comunidad

-EBOOK-



Mi papel en una situación cotidiana de mi comunidad

Pregunta pedagógica:

¿Quién toma decisiones que resuelven las disputas en situaciones de conflicto?

Parte 1. Lectura para incitar la creatividad

«Dime cómo juegas» del escritor Eduardo Sacheri



Mucho se ha escrito y discutido acerca del paralelo que puede establecerse — o no — entre el modo de jugar al fútbol y el modo de ser de las personas. «Se juega como se vive», afirma el axioma. Más de una vez me cruzo con gente que me pregunta al respecto. Y yo, en realidad, como me sucede en tantas otras cosas, no estoy en absoluto seguro de la respuesta. Sinceramente, no sé.

Tal vez los emparejamientos haya que buscarlos por el lado de los modos de jugar, y no por el de las virtudes técnicas. Hurgar por el lado del carácter que el jugador pone de manifiesto. En esa línea argumental, el deportista impulsivo sea, tal vez, fuera de su deporte, una persona apasionada. Y el que recorre perezoso su sector de la cancha se manifieste, en su vida civil, como un fulano que se queda en medias tintas. Y el que se la pasa gritando y ordenando a sus compañeros sea, los otros días de la semana, un perfeccionista al que le cuesta aceptar la mediocridad de sus congéneres. No sé si todo esto es cierto, pero creo que todos los futboleros elaboramos hipótesis que nos inclinan a pensar que sí.



Y en este camino, hay tres o cuatro actitudes futboleras que, dentro de la cancha, me sacan de quicio. Y me desaniman de entablar una amistad, fuera de la cancha, con quienes se conducen de ese modo. Tenga en cuenta el lector que no estoy hablando del fútbol profesional, ni del fútbol semiprofesional. Hablo del fútbol que jugamos casi todos los que jugamos al fútbol. El fútbol amateur, cimarrón, improvisado. Como dirían algunos viejos de mi barrio «Ahí es donde se ven los tipos de verdad». Porque no hay plata, no hay fama, no hay flashes, no hay apellidos. Hay nada más que fútbol.

Y en ese fútbol, una raza que detesto es la de los «señores jueces». Estoy hablando — ya lo apunté — del fútbol de entre casa. En ese fútbol no existen los árbitros, y las decisiones acerca del juego descansan en la escrupulosa caballerosidad de cumplir el reglamento, nos convenga o no nos convenga. Hay tipos que, en eso, son absolutamente confiables. Pero hay otros — a los que detesto — que cobran absolutamente todo a favor de ellos mismos. No los perturba quedar como chiquilines. No los inquieta que los demás se los quieran comer crudos. No. Estos fulanos, amos de la inmadurez, resuelven cada decisión polémica con un «es para mí». Y da igual que sea un saque lateral sin importancia o un tiro libre en la medialuna. No tienen límite, son capaces de hacharte con un guadañazo salvaje a la altura de las costillas dentro del área chica y, a continuación, alzar las manos, poner cara de monaguillos y gritar «No lo toqué», mientras se limpian la sangre del botín.

Otro grupúsculo odioso: el de los «perpetuos inocentes». No confundamos con los delincuentes del párrafo anterior. Estos van por otro lado. Los perpetuos inocentes nunca, jamás, por nada del mundo, se hacen cargo de las embarradas que se mandan. Parfraseando la canción del Nano Serrat: «la culpa es del otro cuando algo les sale mal». Ejemplo: el perpetuo inocente decidió encargarse de un saque lateral, la maniobra más sencilla dentro de un deporte en el que todo lo demás es mucho más difícil, porque se hace con los

pies. Y contraviniendo todas las normas de la lógica, se la pone en el pecho o en el pie o en la cabeza a un contrario, que se la lleva tan campante.

Otro ejemplo: el inocente absoluto tiene la pelota en sus pies, y cuenta con cinco compañeros abiertos en abanico dispuestos a recibir, libres de marca, que se la están pidiendo. Pero decide, en cambio, dividirla con un pase espantoso dirigido al único compañero que está semioculto entre tres marcadores rivales. En cualquiera de estos casos los compañeros del inútil habrán de increparlo a viva voz, como corresponde. Y el inocente se autoindultará con explicaciones inadmisibles, que irán desde el «me picó mal», pasando por el «vos te corriste justo» hasta el «qué querés, si nadie se muestra». Y mientras sacamos la pelota del fondo de la red (que es así como terminan las aventuras de esta gente) nos preguntamos: ¿Qué le cuesta a este fulano decir simplemente «perdón», y alzar la mano, asumiendo el error que se mandó? Esa sola palabra alcanza, porque significa «lo siento, soy un burro, me equivoqué, no pensé, les pido disculpas». Eso sería todo, porque en el fondo todos los que jugamos ahí somos un desastre. Por eso jugamos ahí, en lugar de en la Premier League. ¡Pero háganse cargo!

Un tercer conjunto de seres despreciables: los «mala leche». Esos se lucen, especialmente, en los «campeonatos», esos torneos amateurs donde se juega con árbitros, por puntos, y cosas así. Hay tipos que se lo toman demasiado en serio, y deciden copiar lo peor de las mañas del fútbol profesional. Con el agravante de que los árbitros de esos torneos suelen ser peores que los de Primera División (miren la enormidad que estoy diciendo). Es decir, y como diría mi madre, no son capaces de ver lo que pasa en sus narices. Y mucho menos, de ver a ese tipo que te saca la barrida con pierna arriba para darte en el tobillo en una pelota intrascendente en el mediocampo. O al desgraciado que te toca en el aire cuando saltas en un tiro de esquina para que caigas con la nuca, o al delincuente que te pone el codo en los dientes cuando corres intentando llegar a una pelota dividida. Estos tipos también existen en el fútbol sin árbitros, donde se sienten tigres sueltos en rebaños de mansas ovejas indefensas. Uno puede decirles, mientras intenta detener el sangrado de la nariz o se toca las costillas para comprobar si hay fisuras: «Tranquilízate, que el lunes hay que trabajar». Pero es inútil. Les provoca un placer enorme sentirse chicos malos y sanguinarios.

Esta columna está prolongándose demasiado y debo ir concluyendo. Pero no me quiero despedir sin aludir a un último grupito igual de aborrecible: los «crecidos». Esos tipos que están convencidos de que Dios los ama y, por lo tanto, ha puesto a diez infelices a correr por el verde césped con el único objeto de pasarles la pelota para que ellos disfruten y hagan nacer las maravillas.

Jamás te van a devolver un pase. Nunca van a levantar la cabeza para ver que estás desmarcado. Siempre van a enganchar ellos. Siempre van a patear, aunque carezcan de ángulo, aunque carezcan de espacio, aunque carezcan de chances. Que de lo único que nunca carecen los crecidos es de autoestima. Con el agregado de que no defienden jamás en la vida. ¿Ayudar? ¿Quedarse para un relevo? ¿Tomar alguna marca? ¡Jamás! Que ese es trabajo para mortales, y no para semidioses como ellos.

Los crecidos se dividen, a su vez, en dos grupos: los que son buenos jugadores y los que no. Los primeros son insoportables, porque, encima, de vez en cuando hacen algo útil para el equipo (no lo hacen para eso, pero lo hacen, al menos como una consecuencia secundaria de su lucimiento), vuelven a su sitio con carita de «sí, sí, agradézcanme haber nacido». Pero los segundos... Dios mío, los segundos. Esos están más allá de toda comprensión humana y, si hay Dios, espero que les tenga reservado el último de los círculos del infierno. Mejor termino acá, porque hablar de gente así me pone nervioso.

Adaptación de una columna escrita por Eduardo Sacheri, titulada «Dime cómo juegas», y publicada el 8 de septiembre 2013, en El Gráfico.

Parte 2. Dramatización de un conflicto comunitario e interpretación de roles

Se forman grupos de 6 personas. Cada grupo elige y discute una situación cotidiana en su comunidad que requiera la participación de diferentes personas para su solución. Cuatro personas del grupo asumirán los roles de los personajes presentados en el texto, pero serán adaptados a la situación y a la realidad elegida por el grupo:

1. Los «¡señor/a juez!»: Aquellos/as que quieren acomodar las normas para ellos/as. Cobradores/as indignos/as de cosas que no merecen. Siempre buscan sacar ventaja propia de todas las situaciones.
2. Perpetuos inocentes: Los/as que nunca asumen su parte, ni su responsabilidad en nada, se creen inocentes incurables, «yo no fui, no es mi culpa, es culpa del resto». Son indiferentes, apáticos/as, un poco cínicos/as.
3. Los/as mala leche: Los/as que sienten placer de ser chicos/as malos/as, violentos/as contra otros y orgullosos/as de serlo. Creen que eso les da un protagonismo importante en el juego.
4. Los/as crecidos/as: Los/as que creen que saben más que el resto, creen que todos deben trabajar para él/ella, y que además les está haciendo un favor. Egoístas empedernidos/as. ¿Ayudar? ¿Ensuciarse las manos? ¡Jamás!

Primero se recreará la situación, donde estos cuatro personajes son los/as protagonistas. Sin embargo, en este punto no se trata de cuestionar ni juzgar a nadie, únicamente buscamos llevar al escenario lo que producen estas situaciones en la comunidad (emociones, recuerdos, creencias), permitiendo que las personas del grupo expresen todo lo que estas situaciones generan.

Al ver cómo nada cambia, o que la situación empeora a medida los cuatro personajes principales actúan de las maneras descritas, en la segunda parte, el resto de integrantes del grupo intervienen. Pasarán a ser personajes activos con roles diferentes (creados por el grupo). Estos personajes serán quienes se encargarán de intentar persuadir a estos cuatro personajes de tomar acciones alternativas, cambiar sus roles y, entre todos, buscar soluciones de manera colectiva para cambiar la situación.

¡Convencerlos será difícil, pero depende de la creatividad de los nuevos personajes y las acciones que propongan!

Parte 3. Preguntas de reflexión colectiva tras la actividad

Una vez termine la dramatización, el grupo se puede reunir para reflexionar sobre las siguientes preguntas:

- Frente a los problemas de mi comunidad ¿Qué rol asumo yo normalmente?
- ¿Cómo creemos que usualmente se afrontan los problemas en la comunidad?
- ¿Qué roles asumen las personas además de los mencionados?
- ¿Qué podemos hacer frente a personas que asumen estas formas de actuar frente a los problemas de la comunidad?
- ¿Cómo fomentamos que haya muchos roles diversos en la comunidad, pero que a la vez todos y todas empujemos hacia objetivos comunes?

DESDE
LAS
RAÍCES

